único vestigio de la antigua Nubi, *ciudad del oro*, nombre convertido por los Griegos en *Omboi* y *Ombos*.

El templo fundado por Tutmes III, restaurado por Rhamses III y reconstruido por los Ptolomeos, estaba dividido en dos partes ó santuarios, cada uno de los cuales tenía su correspondiente puerta, y en ellos se rendía culto á dos divinidades diferentes: á Horo, señor de la luz, y á Tyfon, que lo es de las tinieblas.

Dábase á las dos deidades el nombre de *hermanos enemigos*, y decíase que por Thot fueron reconciliados, estableciendo despues el culto de ámbos.

Ameno y precioso sitio en el valle del Nilo es la isla de File, consagrada á la diosa Isis, por creerse que en ella residió con su esposo Osiris. A sus playas acudían hasta en la época de los Ptolomeos, que las embellecieron con hermosos edificios, numerosos peregrinos por ser uno de los lugares más venerados de Egipto. El templo allí levantado tenía preciosos obeliscos y dos grandes leones á manera de guardianes; pero de éstos sólo restan informes pedazos, y únicamente es aún visible la parte superior de un obelisco. En la época romana se levantaron pórticos á ámbos lados de la via triunfal que al templo conducía, y de éste se sostienen aún en pié treinta y una columnas de variados capiteles.

En la gran fachada exterior del pileo vense representaciones de batallas, en las que Ptolomeo Filometor destruye á sus enemigos.

La sala hipostila consta de cuatro grupos de tres columnas con capiteles pintados y formados con varias plantas; hállase cubierta únicamente hasta la mitad de su ámbito, y por consiguiente penetraba en ella vivísima luz que podía ser graduada por medio de un velario; aún se distinguen los agujeros que daban paso á los numerosos cables que lo sujetaban.

Hay pintados en el techo cuadros astronómicos, pero las cruces esculpidas en las piedras del muro y una hornacina adornada con el símbolo de nuestra redencion demuestran que esta preciosa sala, la más bella, sino la más grande de los templos egipcios, sirvió de basílica á los habitantes de aquella isla cuando se convirtieron al cristianismo.

Antes, segun queda dicho, fué punto á que acudían numerosas y devotas peregrinaciones; á la época de la dinastía décimooctava, durante la que parece haber llegado á su apogeo la fama religiosa de la isla, pertenece una estatua de Osiris de granito rojo existente aún en dicho templo.

Más hacia el sur, ya en la Nubia, encuéntranse nuevos vestigios de la influencia y civilizacion del antiguo y religioso Egipto. En Kardaseh existen las ruinas de suntuoso templo, del cual quedan en pié cuatro columnas con máscaras de Athor.

En Abu-Simbel, en las inmediaciones de la segunda catarata, en la ribera izquierda del rio, hállase notabilísimo templo debido á Rhamses III y abierto todo él en la peña.

Mira su fachada al rio, y se halla cortada á pico como el muro de una fortaleza; en el centro se abre la puerta principal con dos colosos á cada lado, labrados tambien en la peña viva, de mayores dimensiones que el de Memnon, y representando á Rhamses III y á su esposa Nefertari, los cuales tienen á sus piés sus hijos.

Tres vastas salas forman la parte interior del templo, y en ellas eran veneradas grandes estatuas de Osiris, sentado en el trono.

En lo más hondo de la excavacion se halla el santuario, y en él se vé al faraon adornado al par de la divinidad, teniendo á su lado á Harmachis (Hor-em-Chutis), ó Ammon-Ra.

Tébas, Memfis: estos fueron los dos focos de donde parecen haber irradiado al Egipto entero, junto con la civilizacion, las sorprendentes construcciones religiosas de las que vamos mencionando las principales ruinas. Entre ámbas ciudades hállanse los sorprendentes restos del templo de Ta-en-Tarer en egipcio, segun los Griegos Denderah, situado en la orilla occidental del Nilo, en el Egipto superior. En él se rendía culto á Athor, *la diosa de bello semblante*, la *divinidad de oro*. Empezado en la época de la duodécima dinastía, concluyólo Tutmes III, y fué restaurado y embellecido por los Ptolomeos.

La sala hipostila, ó del cielo, está sostenida por veinticuatro columnas de rara belleza. En vez de los obeliscos y esfinges que solían adornar las inmediaciones de los templos, y que el de Denderah no tuvo, al parecer, en tiempo alguno, los Césares de la época romana construyeron ante la fachada principal un propileo y junto á él se elevaban cuatro mástiles rematando en aguda punta de bronce para que, segun una inscripcion, «rompiese en ellos la celeste tempestad.» En esto ven algunos autores la primera aplicacion del pararayos.

La imágen de Athor con cabeza de oro y diadema de piedras preciosas sólo podía ser contemplada por los iniciados en ciertas circunstancias, y esto desde los umbrales del santuario.

Los profanos, ó sea el pueblo en su generalidad, sólo podían llegar hasta la puerta de la sala hipostila, sin poder siquiera abarcarla en su conjunto, pues las columnas exteriores estaban enlazadas entre sí por medio de un muro hasta la mitad de su altura.

Sorprendente efecto produce esta sala al viajero; las máscaras de Athor forman los capiteles de las columnas, y en el techo estaban representadas las constelaciones de la noche egipcia.

Las paredes del templo están llenas de pinturas y jeroglíficos, y en su parte interior se veían recamadas de oro; de oro eran tambien las láminas que cubrían las puertas, que giraban sobre goznes de bronce, y de metales preciosos eran los utensilios sagrados.

La diosa Athor era allí venerada en su encarnacion como esposa de Horo, al cual visitaba cada año, y como

madre de Ahi, el cariñoso engendro de la flor de loto, nacido á las primeras horas de la mañana, quedando así formada la tríada de Denderah. Junto á muchos templos egipcios obsérvase un pequeño edificio que, á lo que se cree, era tenido por la cuna *(bekt ó mamisi)* de la divinidad más jóven de la tríada.

En el de Denderah, hoy casi por completo arruinado, era celebrado el primer instante en que Ahi abrió por primera vez los ojos á la luz del dia.

Templo tambien muy venerado fué el de Abydos, ya que era de tradicion que en él fué enterrada la cabeza de Osiris. Construyólo Seti I, y en sus seis santuarios abiertos en la peña viva fueron veneradas las imágenes de Ammon, Harmachis, Ftha, y las de la tríada de

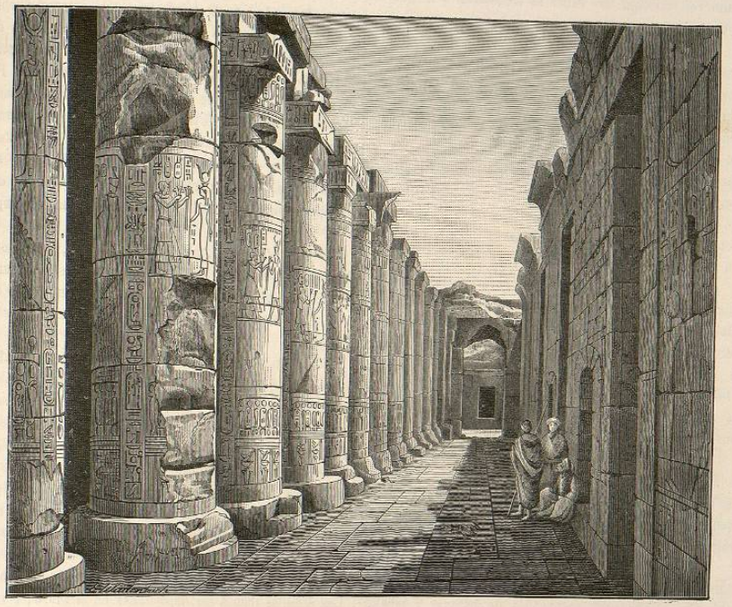

Fig. 807.—Sala del templo de Abydos.

Osiris, Isis y Horo. Siete puertas todas muradas, á excepcion de una, daban ingreso al templo, y era preciso atravesar dos salas hipostilas ántes de penetrar en el santuario. El techo de la primera está sostenido por veinticuatro columnas y por treinta y seis el de la segunda, más hermosa y rica.

Unicamente los sacerdotes de jerarquía superior y los faraones podían penetrar en los santuarios; el pueblo se detenía en la sala segunda y contemplaba con piadoso fervor las ceremonias celebradas en el fondo de las abovedadas cámaras. Jamas resonaron en este templo cantos, ni los sonidos del arpa y de la flauta: construido sobre un sepulcro, todas las ceremonias revestían en él fúnebre aspecto.

En las paredes hállase representado Seti I haciendo libaciones á los dioses, y en una de las cámaras laterales fué hallada la lista de los faraones, conocida con el nombre de tabla real de Abydos.

El *Serapeum* de Sakarah es otro de los monumentos de Egipto cuyas ruinas al paso que infunden justa sorpresa á la ciencia, proporciónanle importantes descubrimientos: en él se ha encontrado el Apis más antiguo hasta ahora conocido. Una calle formada por esfinges serpentea por entre los escombros de la antigua necrópolis de Memfis, y lleva al Serapeum. Hasta hace pocos años iban descubiertas ciento cuarenta y una esfinges, y en un semicírculo en que se elevaban las estatuas de los filósofos, legisladores y poetas de la antigüedad que habían visitado á Egipto, como Homero, Licurgo, Pitágoras, Píndaro, Eurípides y Platon, vese antiguo embaldosado que se parte en dos caminos: á la izquierda encuéntrase un templo consagrado á Apis, y á la de-

recha ábrese el pileo que anuncia la entrada del Serapum.

Hubo en el Egipto inferior una ciudad famosa á la cual daban los Egipcios el nombre de An y los Griegos el de Heliópolis, en la que se alzaba magnífico templo, dedicado al Sol. Gran número de obeliscos la adornaban, pues tales agujas eran con preferencia dedicadas al astro del dia, y todavía queda en pié uno de ellos, que junto con otro que no existe se levantaban á la puerta del templo.

Las colosales ruinas de los templos, sobre las que acabamos de dar estas someras explicaciones, bastarían por sí solas para patentizar la religiosidad del pueblo egipcio y tambien la poderosa influencia que hubo de tener la clase sacerdotal, ya que, al par que atestiguan en ella gran riqueza, exigían para su conservacion y para llenar las múltiples funciones del culto un personal muy numeroso.

A las noticias ántes dadas acerca de la clase sacerdotal hemos de añadir algunas palabras sobre la jerarquía en la misma establecida.

Ocupaba el lugar preeminente el gran sacerdote, el cual era, despues del rey, la primera autoridad del país. Había grandes sacerdotes dedicados al culto de un rey, otros dedicados al culto de una divinidad y de un rey á la vez, y otros dedicados sólo al culto de un dios. Dos grandes sacerdotes llegaron á ocupar el solio durante la dinastía vigésima y algunos otros vieron coronados á sus hijos.

Seguían á ellos en importancia los hierogrammates ó escribas sagrados, encargados de la administracion de las rentas sagradas; llevaban éstos el título del dios que en su templo se veneraba, y al parecer formaban colegios.

Venían luego los archi-profetas, los profetas de Athor y de otras divinidades. Los custodios de los templos, los sfragistas ó encargados de escoger y señalar las víctimas para los sacrificios; los hieracóforos, sacerdotes reales cuyo destino era presentar las ofrendas funerarias; los libanóforos, que ofrecían incienso á los dioses; los estolistas, á cuyo cargo estaban las libaciones; los flabellarios ó porta-abanicos para los dioses; los porteros, los encargados del ornato y los cantores.

Había por último, los Pastóforos, divididos en Tarichentes, Paraschitas y Cholehites, destinados al embalsamamiento de cadáveres.

Los principales actos del culto consistían en ofrendas, libaciones, sacrificios, cánticos, y sobre todo procesiones solemnes y peregrinaciones á los grandes santuarios. Estas revestían en cada templo un carácter especial: al paso que en Denderah todo era regocijo ante la *diosa de bello semblante*, ante la *divinidad de oro*, en Abydos, junto la tumba de Osiris, todo era recogimiento é inviolable silencio.

Aun cuando cada una de las grandes divinidades tenía culto especial y propio que quizas para el vulgo las hacía como independientes entre sí, para los sacerdotes se hallaban todas encadenadas con mística lazada.

Al honrar al dios terrestre Osiris, emanacion de Fré, como éste lo era de Ftha y éste de Knef, siendo todos á la vez manifestaciones del primordial Piromi, rendíase culto á todas las divinidades superiores, del mismo modo que al venerar á Isis venerábase á Hefestóbula, á Athor, á Neith, á Buto. Así se explica el gran favor alcanzado por la tríada terrestre; entre el pueblo, por ser más que las otras comprensible á causa del carácter humano de sus dioses; entre los sacerdotes, por estar asimilada á las divinidades superiores. Por esto vemos tambien que en Tébas se veneraba ó Ammon-Osiris, en Memfis á Ftha-Osiris ó á Apis, considerado como encarnacion del último; en Denderah se tributaba culto á Athor-Isis, en Lais á Neith-Isis, y lo mismo sucedía en los demas templos, en los que hallábanse casi siempre reunidas una divinidad terrestre con otra superior.

Las fiestas consagradas á Osiris é Isis, entre todas las más solemnes y populares, verificábanse en varios meses del año y revestían distinto carácter, como que con ellas se conmemoraban diferentes sucesos de su leyenda.

Era la primera la fijada en 17 del mes de Athyr (noviembre), dia de la desaparicion de Osiris; llamábase de los lamentos de Isis. Un mes despues, hacia el solsticio de Khoiac (diciembre), había otra fiesta, la de las pesquisas, en busca de Osiris. Quince dias despues, el 7 de Tybi (2 de enero) Isis prorumpía á la vez en gritos de gozo y en ayes de dolor en presencia del cadáver de su esposo, y su voz resonaba de un extremo á otro del valle del Nilo. Empezaba entónces el período de alborozo que con ligeras interrupciones se prolongaba hasta el mes de Agosto. El entierro de Osiris era símbolo de la siembra. Las semillas iban á ser depositadas en la tierra; pero de ellas habían de brotar las espigas; lo que iba á ser sepultado debía resucitar, y la tristeza de la pérdida era templada por la ferviente esperanza de recobrar con usura lo perdido.

Celebrábase luego la preñez de Isis, que llevaba en su seno á Harpócrates, y á éste se ofrecían las primicias de la cosecha próxima.

Durante la luna nueva de Famenoth (marzo), Osiris entraba en aquel astro, ó en otros términos, le comunicaba su poder fecundante y el encargo de derramar sobre la tierra los benéficos rocíos y las lluvias saludables. La purificacion de Isis era festejada despues, y en 30 de Epifi (24 de julio) el nacimiento de Horo, primogénito y representante de Osiris, cerraba la série de las fiestas Isíacas. A ellas hay que añadir 1.° las *Falologías* ó solemne procesion en memoria de la parte que de Osiris devoraron los peces, y 2.° el vencimiento y la desaparicion de Tyfon ante el esfuerzo de su hermano.

En esos simbólicos festejos cuantos objetos menciona la leyenda aparecen misteriosa y solemnemente llevados en hombros por sacerdotes, magnates y matronas. Sostenían unos la Bari ó barca sagrada, otros un simulacro del ataud de Osiris, otros distintas especies de semillas, y otros, en fin, antorchas, emblema de los astros. Las mujeres iban en pos llorando y sollozando, y entre varios sacerdotes eran llevados los animales simbólicos, como la vaca, el milano y las úreas.

Al tiempo que la sangre de las víctimas corría en los altares y que se alzaban por los aires nubes de incienso, no cesaban los gratos sonidos del arpa.

San Clemente de Alejandría describe una de las procesiones de Isis en estos términos:

«Precede á todos el cantor llevando un símbolo de la música y dos libros de Hermes, conteniendo el uno himnos al dios y reglas de conducta el otro. Sigue el arúspice con el cuadrante, el ramo de palmera, emblema de la astrología, y ademas los cuatro libros de Hermes relativos á la astronomía. Viene á continuacion el sagrado escriba, con plumas en la cabeza, un libro y una regla en la mano, llevando tinta y estilo, escriba que ha de saber el arte de los jeroglíficos, la cosmografía, la geografía, el camino del sol, de la luna y de los cinco planetas, la corografía de Egipto y del Nilo, todo el ceremonial y cuanto se emplea en los sacrificios. Detras va el estolista, con el cubo de justicia y la copa para las libaciones; éste ha de estar instruido en el arte de preparar las víctimas. Viene despues el profeta, sosteniendo entre los pliegues del manto la sagrada urna descubierta para que todos la vean, y síguenle los que llevan los panes. El profeta presidente del templo debe aprender los diez libros sacerdotales propiamente dichos y vigilar la distribucion de las rentas; los seis libros de Hermes hasta completar el número de cuarenta y dos, que tratan del arte de curar se dejan á los pastóforos, último grado sacerdotal.»

Cuéntase que cada dia se ofrecían en el templo de File sobre la tumba de Osiris trescientas copas de leche.

El culto de Horo iba unido al que á sus padres se tributaba; esto no impedía que se celebrasen algunas fiestas peculiares suyas, lúgubres unas, conmemorando su muerte, y alegres otras, en recuerdo de su resurreccion.

Harpócrates era venerado en Buto juntamente con la diosa de este nombre. Antiguamente los ancianos le presentaban solemne ofrenda de leche, y tiempo despues los sacerdotes instituyeron en honor suyo solemne procesion en la cual era llevada la imágen en yeso del dios; cortábanla despues á pedazos con los que, diluidos en agua, formaban una masa, y con ella se embadurnaban el rostro, para conservarla luego como preservativo contra varias enfermedades. Ofrecíanse igualmente á este dios las primicias de las lentejas y de otras clases de legumbres, estándole consagrado el melocotonero, por tener sus hojas la forma de lengua y la de corazon el fruto, siendo con ello emblema de la conformidad que debe reinar entre las palabras y los sentimientos. Como á sol naciente le estaban tambien dedicadas las flores del loto, que se abren al despuntar el dia y se cierran llegada la tarde.

En el culto de Tyfon desempeñaba gran papel un instrumento especial llamado sistro. En las procesiones que en honor del maléfico dios se celebraban para aplacar sus rigores, agitábanlo furiosamente las mujeres como

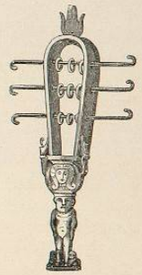

Fig. 807.—Sistro.

memoria de la victoria alcanzada por Horo. A Tyfon estaban consagrados el hipopótamo, el cocodrilo y el verraco, y se aseguraba que en sus aras se sacrificaban víctimas humanas.

En la ciudad de Tébas eran muy frecuentes las procesiones que desde el santuario de Karnak atravesaban el rio en suntuosas embarcaciones; precedidas de músicos que tañían el arpa, el laud y la flauta, llevaban á la opuesta orilla los ídolos y emblemas sagrados.

En Edfú ofrecíanse á los dioses pan, vino, bueyes y gansos, y al llegar el plenilunio cerdos hechos pedazos. Una vez al año, en una fiesta especial, sacrificaban á Sejet-Tyfon un jumento, animal que le estaba consagrado. La diosa Athor de Denderah visitaba anualmente á su consorte el dios Horo de Edfú, durante la época de la crecida del Nilo, en el dia del novilunio, y Horo le devolvía el obsequio acompañado de algunas divinidades secundarias en el mes de Paschons, tambien el dia de la luna nueva. Cinco dias permanecía el dios en Denderah junto á su esposa con objeto de aniquilar, en su calidad de destructor del maligno espíritu, cuanto hubiese de nocivo en los dominios de la diosa. El canto, la música y el baile embellecían esta fiesta como otras muchas, y los fieles cogían y comían ciertas hierbas consagradas.

A la luz de antorchas se celebraban en Sais nocturnas y solemnes procesiones en honor de la diosa Neith que, al decir de los autores griegos, producían misterioso y sorprendente efecto.

En Elefantina, junto á la catarata del Nilo, donde eran adoradas las diosas Sati y Anke, se celebraban durante siete dias consecutivos espléndidas fiestas en honor del bendito rio. A sus aguas eran arrojadas una copa de oro y otra de plata que quizas guardaban relacion con el sol y la luna, y era costumbre de los faraones asistir á esta fiesta, segun consta de una inscripcion que aún subsiste en una peña inmediata á aquella ciudad.

LAS SIRENAS Y LA NAVE DE ULISES

(Cuadro de Dionisio Baveras)

LAS SIRENAS Y LA NAVE DE ULISES.

(Cuadro de Dionisio Baxeras)

V

Creencia de los egipcios en la vida futura.— Las momias.— Sacerdotes encargados de embalsamar los cadáveres.— Procedimiento; cajas funerarias; amuletos.—Los sepulcros.—Tumbas de el-Assassif.—Tumbas reales de Bab-el-Moluk.—Sepulcros de Beni-Hassan.— Speos Artemidos.— Las pirámides.— Pirámide de Cheops.— Pirámide de Chefren.— La Esfinge.— Pirámide de Sakarah.— Honras fúnebres.— El juicio de los muertos.

De los dogmas ántes explicados nacía para los Egipcios una fé profunda en la inmortalidad del alma y en una vida futura de recompensas y castigos. La existencia de ultratumba era á sus ojos la continuacion de la existencia primera, ó por mejor decir, era la única existencia verdadera y real. Todo, despues de la muerte, pasaba y sucedía como pasaba y sucedía ántes, con la diferencia de que, á pesar del llanto y sentimiento de los que sobrevivían, era el hemisferio inferior, luego despues de las purificaciones necesarias, residencia eterna muy preferible á la terrestre.

En virtud de esta idea era considerado el sepulcro como la *gran morada* que había de servir al difunto durante toda la eternidad, y por lo mismo, segun fuese la condicion del que hubiese pasado de la vida á la muerte, disponíase la estancia sepulcral con cuanto podía contribuir á hacer agradable la fria mansion. No sólo se pintaban en ella las escenas de que gustó el difunto, no sólo se colocaban allí simétricamente cuantos objetos le recrearon en su primera vida, sino que ponían junto á él flores, fruta, pan y carne para que no hubiese interrupcion en los actos de aquella doble vida, que continuaban siendo los mismos. Y era costumbre dejar las ofrendas materiales, como asados, uvas, dátiles y demas en la estancia sepulcral de la familia hasta que otro fallecimiento daba ocasion para renovarlas; de manera que el últimamente sepultado tuviese siempre á su alrededor las nuevas provisiones.

La misma idea, encarnada en la nacion egipcia, puede explicarnos, como al paso de que ni ruinas quedan de las casas que habitaron los vivos, los sepulcros que guardan los muertos, son aún hoy dia la admiracion de cuantos los visitan; profundos subterráneos, colosales pirámides que, á pesar de su antigüedad, son tenidas como una de las maravillas del mundo.

A diferencia de Griegos y Romanos que quemaban los cadáveres, de los discípulos de Zoroastro y de los Tibetinos, que para no contaminar fuego ni tierra con el contacto de los muertos los depositaban en elevadas cumbres entregándolos como pasto á las aves de rapiña, los Egipcios los embalsamaron y estudiaron los medios de conservarlos intactos el mayor tiempo posible.

«Quizas, dice Cantú, pensaban que las almas no se separaban de los cuerpos hasta la total descomposicion de éstos, y por ello, para ahorrarles dolorosa transmigracion ántes de renacer en otro cuerpo humano, se esforzaban en mantener unidos alma y cuerpo; acaso tambien, como material aplicacion de una creencia ó de un presentimiento en la resurreccion de los cuerpos, se conservaban cuidadosamente los restos que un dia habian de sentir el soplo de la nueva vida.»

Sea como fuere, es lo cierto que entre las ceremonias fúnebres ocupaba gran lugar la del embalsamamiento de los cadáveres, habiendo llegado en esto los Egipcios á grado tan alto de perfeccion que despues de

muchos de siglos se conservan aún sus momias casi intactas.

Los sacerdotes encargados de semejante operacion llamábanse, conforme hemos dicho, *Tarichentes*, *Paraschistas* y *Colchitas;* los primeros lavaban el cuerpo con aromas, y concluidas que eran las restantes operaciones lo envolvían y fajaban; los segundos extraían de él los intestinos, y á los últimos, considerados de mayor dignidad, estaban confiadas las operaciones del embalsamamiento propiamente dicho.

Limpiado el cadáver y rellenadas las sajaduras con mirra, canela y otros aromas, desecábase la carne por medio de natron, á cuya accion se dejaba expuesta por espacio de setenta dias. Otra vez lavado, era el cuerpo envuelto en tiras de lino engomadas, y así lo recibían los parientes, los cuales encerrábanlo en una caja ó armario con figura humana, y de esta manera lo conservaban en la cámara sepulcral.

Con los pobres limitábanse las operaciones al desecamiento por medio de natron y sal comun; fajados con telas groseras eran depositados en las catacumbas de

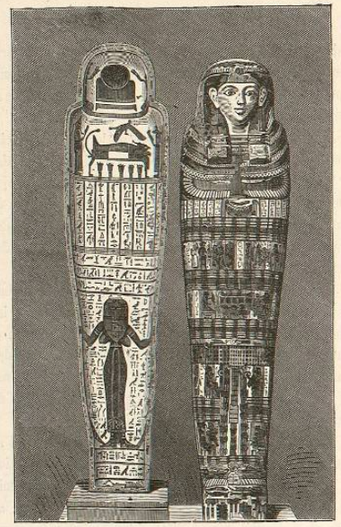

Fig. 808.—Caja de momia.

los templos ó en cavernas á ello destinadas; los ricos, empero, envueltos en tiras de muselina finísima que les rodeaban el cuerpo, los brazos, las piernas y cada uno de los dedos separadamente, solían llevar las uñas doradas, cuando no todo el cuerpo; láminas de oro cubríanles boca y ojos, y de este modo eran colocados en preciosas cajas llenas de pinturas é inscripciones jeroglíficas.

Antes de envolver el cuerpo dábase á los brazos una posicion arreglada al uso y á la ley. A las mujeres se les cruzaban las manos sobre el pecho y á los hombres se los dejaban colgando ó se hacía que la mano izquierda se apoyase en el hombro derecho, cruzando el brazo sobre el pecho.

Créese que en lugar de la diseccion se inyectaba á veces en las venas, por medio de un procedimiento muy complicado y costoso, un líquido que tenía la propiedad de conservar el cuerpo dejando á todos los miembros casi la elasticidad natural.

Durante las operaciones del embalsamamiento los intestinos y las principales vísceras eran sometidos á una preparacion de betun hirviendo; envolvíanse con separacion el cerebro, el corazon y el hígado en un lienzo y eran depositados en frascos separados, llenándolos de la misma sustancia líquidada al fuego. Estos vasos eran llamados vulgarmente *canopes* y los había de barro cocido, de alabastro y de granito, rematando cada uno en una cabeza diferente: de hombre, de chacal, de milano y de mono ó cinocéfalo, consideradas como los cuatro genios del Amenti ó paraíso egipcio, llamadas Amset, Hapi, Sumanntf y Kebhsnif.

Entre las momias humanas se encuentran otras de animales, como toros, vacas, ovejas, monos, zorras, murciélagos, cocodrilos, peces y pájaros, especialmente en los templos donde era adorado alguno de esos animales.

Momias hay que en vez de tener pintadas en la caja las principales escenas de su vida terrena, llévanla escritas en un rollo de papiro sobre las rodillas. Las funerarias cajas, hechas por lo comun de sicomoro, tienen esculpido el semblante del difunto que en su interior encierran, y con mayor ó menor precision indican los contornos de su cuerpo. El sexo se distingue por un apéndice en la barba de los hombres y por el pecho en las mujeres.

Así que un alma abandona el seno del padre comun confíala ésta á un demonio ó espíritu tutelar que la siga en su peregrinacion por la tierra. Acabada ésta, los demonios no cesan de acompañarla, y de ahí que á los cadáveres se les pusieran amuletos á fin de encomendar el alma á los buenos y apartar á los malévolos. Para tales amuletos estaban en uso unos idolillos ó figuras llamadas *Schefti*, que se colgaban de las paredes de los sepulcros ó se colocaban entre las ropas de los cadáveres. Amuletos eran tambien los escarabajos.

En Tébas eran las momias sepultadas en sorprendentes catacumbas abiertas en la cordillera líbica; en Memfis tenían los sepulcros la forma de pirámides. Donde la naturaleza no permitía construir en la peña imponentes templos fúnebres, se levantaban verdaderos montes de piedra.

Entre los subterráneos de Tébas ocupa el primer lugar el llamado *Assasif*, con muchas galerías cortadas

por hondos pozos. En este sitio se han encontrado las tumbas más antiguas de aquella region, entre ellas las de los reyes de la dinastía undécima.

Una montaña separa el *Assasif* del valle en que se hallan las tumbas de los reyes, conocido por Bab-el-Moluk.

Penétrase en aquel valle de la muerte por un barranco peñascoso de paredes calcáreas, desnudas y amarillentas; todo es allí imponente y fúnebre, sin que acierten los ojos á percibir señal alguna de vida. A poco descúbrense más bajas que el nivel del suelo gran número de grutas con puertas altas y cuadradas. Cada tumba tiene una, pues antiguamente no se comunicaban entre sí. Los Griegos dieron á estas grutas el nombre de *siringes*, por asemejarse el monte de Bab-el-Moluk con tantas aberturas á inmensa flauta de Pan.

Vése en el centro de la puerta un disco amarillo y dentro de éste el sol con la cabeza de carnero, esto es, el sol poniente; junto á él está esculpido un gran escarabajo, símbolo de la regeneracion ó de los renacimientos sucesivos. A la derecha del disco, ó sea al Oriente, está la diosa Nefti, á la izquierda Isis, y en medio el faraon arrodillado.

Las cuevas ó subterráneos de Bab-el-Moluk contienen los sepulcros de muchos príncipes de las dinastías décimooctava y décimonona [1].

En la colocacion de los sepulcros no se guardaba, al parecer, órden de dinastía ni de sucesion, apreciándose la importancia de esos subterráneos por su extension ó longitud, así como la de las pirámides se juzga por su altura.

Con arte maravilloso están abiertos en la peña, habiéndose debido vencer para ello grandes dificultades; consisten unos en un corredor, una sala para el sarcófago y otra cámara interior; y otros, los de mayores proporciones, constan de muchos corredores y de infinitas salas y cámaras: en todos se ha de penetrar con antorchas. Los faraones empezaban en vida la construccion de su sepulcro, así es que puede deducirse la duracion del reinado y la suntuosidad de un príncipe por la profundidad y ornamentacion de su sepulcro. La más antigua de las tumbas encontradas en el valle de los Muertos es la que encerró la momia de Seti I y á todas excede tambien en belleza y magnitud.

Pinturas y esculturas sobre estuco referentes á la vida del difunto, ó con más frecuencia al *Tuat*, esto es, al abismo, al mundo inferior y á la exuberante vida que en él reina, cubren las paredes de esos subterráneos.

Vese representada la barca en que los muertos surcan los abismos bajo la custodia de una culebra; los dioses del mundo inferior la protegen.

Anubis, el conductor de las almas; Athor, la subterránea, Isis y Neftis la guían. Sometida el alma á la justificacion, despues de contemplar los tormentos de los condenados, penetra en el empíreo donde residen los bienaventurados y recibe allí la apoteósis, convirtiéndose en espíritu de luz.

El panteon llamado de Seti I mide sesenta metros de longitud; sus esculturas son las más perfectas por su ejecucion y estilo, y se baja á ella por rápida y prolongada gradería.

El panteon de Rhamses IV es entre todos famoso. Los Romanos le llamaron *Tumba de Memnon*. Cubren sus paredes innumerables figuras é inscripciones místicas, y la *Sala áurea*, donde se encontraron las momias, está decorada con un techo astronómico.

Existen en el Egipto central los célebres sepulcros subterráneos llamados de Beni-Hasan, que ofrecen comparados con los anteriores alguna variedad en la arquitectura. Dicen sus inscripciones que éstos fueron abiertos en la roca por los príncipes hereditarios de la familia de Mah, que ejercía elevadas funciones en tiempo de los soberanos de la duodécima dinastía, y esto no obstante, aquella obra ofrece cierta semejanza con los más antiguos edificios dóricos levantados siglos despues por los Griegos.

Champollion llama á aquellas construcciones protodóricas ó antedóricas, y en efecto, es posible que de ellas tomaran los Helenos el estilo dórico.

Divídense estos sepulcros en dos grupos situados uno á poca distancia de otro. El del norte encierra las más interesantes, y dos en especial, por el lujo y perfeccion de sus adornos, llaman poderosamente la atencion de los visitantes. Obra fué este subterráneo del faraon Amenemha, lo mismo que el elegante pórtico que á él da ingreso.

En el fúnebre recinto cuatro columnas de diez y seis lados elegantemente estriados sostienen las tres bóvedas ricamente esmaltadas de vivísimos colores, y en último término vense en hornacinas las estatuas mutiladas del que hiciera labrar el sepulcro y de su real consorte.

Las figuras é inscripciones que cubren las paredes todas y hasta las jambas de las puertas lo mismo en el sepulcro de Amenemha que en el inmediato de Chnum-Hotep, hijo de Nehera, y en otros, explican quiénes fueron, qué cargos ejercieron y en qué reinados vivieron los muertos allí encerrados, sin que aparezcan pinturas, ni inscripciones religiosas relativas á la vida futura, como sucede en los sepulcros de Bab-el-Moluk.

Todas ellas respiran paz y bienestar, y entre los muchos animales representados no se encuentra el ca-

[1] En julio de 1881 ha causado gran sensacion entre los sabios y aficionados á esta clase de estudios el descubrimiento de otro panteon subterráneo en Deir-el-Bahari, no lejos de Bab-el-Moluk. En él han sido hallados, junto con gran número de vasos, *canopes*, figuritas y cajas, cuarenta sepulcros y entre ellos los de los faraones más ilustres de la historia de Egipto, Tuthmes III, Seti I, Ahmosis el libertador, Rhamses II y Sesostris el grande.

La opinion que hasta ahora se tiene por más fundada, cree que el panteon de Deir-el-Bahari fué construido por los reyes tebanos de la dinastía vigésima, y que á él, para librarlas de las frecuentes profanaciones y robos de que eran objeto á causa de los tesoros que los sepulcros encerraban, los faraones de las dinastías sucesivas mandaron trasladar las momias más famosas que en Bab-el-Moluk y en otros subterráneos se guardaban.

ballo, compañero del guerrero. Trabajos agrícolas, los juegos con que fué festejada la emigracion de la raza semítica al *nomo* de Mah en remotísima época, anterior á la del esplendor de Tébas, son las escenas figuradas en los antiguos sepulcros de Beni-Hasan.

A ámbas márgenes del Nilo son muchas las tumbas abiertas en los inmediatos montes, y atravesado el pintoresco valle que se extiende como á una hora de las tumbas de Beni-Hasan, se encuentran las grutas consagradas á la diosa Pacht ó Sejet, conocida en el país por Pacht la grande.

Los Griegos la llamaron Artemis, de donde nació el nombre de *Speos Artemidos* ó *gruta de Artemis*, aplicado al santuario abierto en la montaña y á las cuevas á él inmediatas.

Eran estas grutas un verdadero cementerio de perros y gatos, tan grande es el número de momias de estos animales que en ellas existía.

En Memfis, sobre cuyas ruinas se levanta hoy el Cairo, en la parte llamada aldea de Ghizé, no consisten los sepulcros en subterráneas galerías, sino en mausoleos construidos al aire libre y con gruesos sillares. Su base suele ser cuadrangular y sus lados se inclinan hasta formar la fábrica una pirámide truncada de escasa elevacion.

Fig. 809.—Grutas de Artemis. (Speos-Artimidos).

La puerta se abre por lo comun en la parte de oriente, y su arquitectura denota una época de relativo adelanto. Créese que datan de la cuarta dinastía.

Cada mausoleo contiene una cámara y un nicho murado en el que se halla generalmente la estatua del difunto. La hoya en que se depositaban los cadáveres está situada en casi todos ellos en la parte occidental.

Por los restos humanos allí encontrados se ha venido en conocimiento de que en aquella época se había perfeccionado poco el arte de embalsamar cadáveres. Las paredes interiores están cubiertas de representaciones de la vida del difunto.

Obras son las explicadas que por su grandiosidad bastarían para inmortalizar al pueblo que las llevó á cabo, y sin embargo, quedan como ofuscadas ante otras construcciones aún más sorprendentes, monumentos que á pesar de su antigüedad no han sido igualados todavía en sus inmensas dimensiones que las hacen parecer obra de gigantes. Nos referimos á las famosas pirámides, obras colosales que despiertan en la fantasía el recuerdo de las de Babilonia.

Grande es la impresion que causan las vastas salas mortuorias que quedan ligeramente descritas; profunda admiracion y religioso respeto se experimenta ante aquellas tumbas que tantos trabajos, tantos esfuerzos exigieron; el valle de los sepulcros regios nos hace concebir grandiosa idea de la magnificencia de Tébas y del gran poder de aquellos reyes; pero todo esto desaparece á impulso de impresion mayor y más profunda al mirar las moles inmensas que levantadas en los confines del desierto de Libia, formando diferentes grupos, sirven á la vez de sepulcro á los faraones de la cuarta dinastía y de montes para contener las arenas del desierto que hace miles de años las azotan sin haber logrado abismarlas.

Álzanse las pirámides en el Egipto inferior, junto á Memfis, en la márgen occidental del Nilo. Las más célebres y de mayores dimensiones son las de la meseta de Ghizé. Una de ellas, la primeramente construida, fuélo por el primer faraon de la cuarta dinastía á quien llaman Sufi las listas de Manethon; es el Cheops de Herodoto.

De ella, apellidada «la Grande,» *ur*, por los admirados Egipcios, bien puede decirse que es, no sólo la tumba mayor, sino en general la fábrica más inmensa elevada en todas las edades por la mano del hombre. La época moderna puede vanagloriarse de haber producido monumentos arquitectónicos que en altura ceden poco á esta pirámide y en superficie la igualan ó la exceden; pero, cual esbeltos obeliscos, unos alzan al espacio sus torres ó agujas, y en todos ellos encierran sus muros anchurosos espacios vacíos. En la tumba de

Cheops, empero, no sucede así: es aquello una mole compacta de piedra tan colosal como jamas se ha visto; salvo algunas pocas y angostas cámaras mortuorias, es todo una sola masa, cuya base cuadrada mide en cada lado 243 metros por 160 de altura vertical desde la cúspide á la base, resultando una mole de piedra de 36.450 metros cúbicos, que pesará aproximadamente 91.000 toneladas.

La arena del desierto que el viento aporta sin interrupcion hace siglos y siglos ha elevado el nivel del suelo hasta considerable altura, de modo que nos oculta la base de esta fábrica que por lo mismo no se presenta en toda su altura.

Como á unos diez y seis metros sobre la base verdadera, en el lado septentrional, está la puerta de ingreso, limitada á lo más indispensable para dar paso al ataud, y lleva á un pasadizo largo é inclinado de poco más de un metro de elevacion y de anchura, de modo que ha de penetrarse por él poco ménos que á gatas. Este pasillo ó galería abierta en la piedra guía á la cámara mortuoria abierta tambien en la peña á unos treinta y tres metros debajo de la base verdadera, ó sea á ciento ochenta y tres verticalmente debajo de la cúspide.

Al llegar á cierto punto la galería se divide en dos,

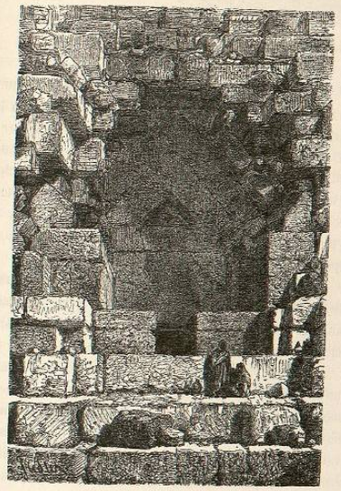

Fig. 810.—Entrada de la pirámide de Cheops.

y la superior conduce á dos cámaras superpuestas ó formando dos pisos, y á fin de que su techumbre pueda resistir el grave peso que la oprime, está formada por baldosas enormes, algunas de las cuales miden más de cinco metros de largo y uno y medio de espesor y anchura, teniendo cada una un peso mínimo de veinte toneladas.

¿Cómo transportaron aquellos hombres semejantes moles atravesando el desierto; cómo las elevaron á tan considerable altura, y cómo las colocaron y ajustaron?

La cámara subterránea tiene por techo seis filas sobrepuestas de esas piedras gigantescas, y cámaras hay en otras pirámides en que lo forman apoyándose una en otra á manera de inmenso tejado.

En la época en que Herodoto viajó por Egipto, hace unos veintidos siglos, y visitó la gran pirámide, contóle el intérprete que el faraon Cheops dispuso ante todo construir una calzada para el transporte de la piedra desde las canteras de Turra hasta el Nilo, y de allí hasta la obra, en lo que, y en abrir la cámara subterránea, se emplearon diez años por cien mil trabajadores, que eran relevados por otros nuevos cada tres meses. Veinte años más exigió la construccion de la pirámide propiamente dicha, que fué levantándose por pisos escalonados de dimensiones cada vez menores. Subíanse las piedras por medio de máquinas de madera, que colocadas en cada uno de los pisos ó escalones, iban pasándolas de la una á la otra hasta la más elevada.

Concluida la fábrica, sigue explicando Herodoto, rellenáronse los escalones para formar una superficie plana con baldosas, en las que se grabaron jeroglíficos, escenas de la vida del príncipe y figuras de los dioses; pero este revestimiento, si llegó á colocarse, ha desaparecido y en el dia ofrece la pirámide forma escalonada, siendo aquellas inmensas gradas en número de doscientas y tres. Excepto esto, y lo que refiere de una galería subterránea que conducía desde lo interior de la pirámide hasta el Nilo, no descubierta á pesar de escrupulosas investigaciones, cuantos datos menciona el antiguo historiador han resultado de rigurosa exactitud.

«En la pirámide, escribe el mismo Herodoto, consta lo que en rábanos, cebollas y ajos consumieron los operarios durante el tiempo de las obras, importando, segun dijo mi intérprete al leer los jeroglíficos, la suma de 1600 talentos (unos 40 millones de reales). Si esto es así, ¡cuánto más se gastaría en los demas víveres, en ropas para los trabajadores y en útiles!»

La segunda pirámide, obra de Cha-fra, el Chefrem de los Griegos, fué llamada «la espléndida,» *chu*, y sus proporciones ceden en muy poco á las de la anterior. La base es igual, y la altura vertical desde la cúspide es de 143 metros.

La esfinge inmediata á estos sepulcros es digno custodio de los inmensos mausoleos: con cuerpo de leon y rostro humano fué labrada en la roca viva, y, hueca, tiene en su interior un templo cuya entrada se halla entre las dos patas delanteras del monstruo. Sus dimensiones corresponden, pues, á las de las pirámides; desde el punto superior de la cabeza hasta el extremo de la